



LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso
Literario Arcilla

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



Correctora: Candela Páez

Diagramación y diseño: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Los invisibles

Por Sofia Aldana Perez Ribaudó

Me senté en un banco sucio a esperar que lleguen los dueños del bar sucio en donde trabajo.

Prendo un cigarrillo, barato, porque no me alcanza para uno más caro, mis pulmones se llenan de humo y luego lo despido con dejos de libertad.

Miro la ciudad, también está harapienta, tiro la ceniza con el pulgar (nunca supe hacerlo con el dedo índice como esas viejas chetas que fuman Virginia), estoy colaborando con la suciedad de las calles.

La ciudad parece brillar con sus vidrieras relucientes. Las personas salen con sus máscaras, una sonrisa radiante y los pómulos sonrojados son la marca de la aparente felicidad. Es un sábado soleado, buscan divertirse, reírse, buscan placer en la putita de turno o en los amigos que solo usan para aparentar la carencia de algo más allá de sus vidas marchitas.

Sus máscaras procuran esconder la necesidad de nuevas sensaciones, aromas, colores. Si mirás con atención, se puede ver con claridad su deseo casi palpable de aceptación, pertenecer a un lugar en el mundo.

Escucho música, pero me distraigo con la escritura en un cuaderno casi amarillento lleno de garabatos y luego poso mis ojos en un chico, debe tener treinta años; pienso que es lindo y que también busco placeres efímeros.

Pienso en que me lo quiero garchar, pero escondo la libido apretando el cigarrillo en el banco abandonado por el tiempo. Imagino, relamiéndome los labios, que la colilla es el chico y le estoy poniendo la mano en el cuello y dejo que me muerda y me dejo para sentir algo más allá.

Vuelvo a mirar a mi alrededor: la fuente, el bar más lindo que en el que trabajo, los autos que se apresuran: ¿a dónde van?, ¿puedo marcharme yo también? No puedo realmente. Me dispongo a caminar rumbo hacia mi trabajo.

Estoy en la podredumbre, buscando algo más allá.

Sin embargo, el único “más allá” que puedo encontrar, es a dos cuadras de donde estoy: un bar en la esquina del luminoso y a la vez oscuro barrio de Güemes. Me dispongo a comenzar mi turno como moza y barwoman -las dos cosas a la vez porque el salario es mejor-. Comienzo limpiando la barra y distribuyendo metódicamente los licores que necesito para mis brebajes. A pesar de que en su mayoría beben cerveza, tengo la esperanza de que algún turista, animado por el jolgorio de la ciudad, solicite un trago de la casa, algo más elegante y dulce. Puedo ver a mis compañeros de trabajo limpiar las mesas, las sillas, colocar servilleteros e intentar que la ciudad no devore un pequeño bar en crecimiento.

Comienzan a llegar “ellos”, los personajes más pintorescos, tristes y marginales de la ciudad.

Mientras acomodo los vasos en su sitio unas manos temblorosas se acercan a la barra, sonrío y el viejo me devuelve la sonrisa.

Los ojos hundidos, inyectados de amarillo y de un deseo voraz. Tiene sed. La garganta le arde profundamente. El estómago suplica piedad: un plato de comida y agua. El deseo se vuelve carne cuando los billetes rotos y descoloridos no alcanzan. Una plegaria es suficiente para contener un incendio que se lleva todo a su paso.

Las manos corroídas por el tiempo y amarillas por el cigarro, desesperadas buscan en los pantalones andrajosos un puñado de billetes, rogando a un Dionisio terrenal que su veneno y elixir de preferencia no haya aumentado de precio.

Algunos prefieren güisqui, a otros les da exactamente igual; no importa la procedencia, el precio barato, el sabor a alcohol etílico, la botella sucia. Solo necesitan desaparecer unas horas. Un momento de felicidad inducida, una carcajada real, una sonrisa que llegue a los ojos. Necesitan vivir.

Sus ojos devoran las heladeras y góndolas, saboreando lo que a veces no puede obtener. La plata suele no alcanzar para satisfacer el vicio, entonces comienza la súplica por una lata de cerveza: “mañana vengo y te pago... por favor” dicen entre una tos ronca y maloliente, la mirada llena de ansiedad y enojo.

Viven en un continuo estado de ebriedad y satisfacción cuando están despiertos o medio lúcidos. Me pregunto si tienen hambre. Frío. Culpa. Cansancio. Recorro sus ojeras y llega a mí la certeza de

que sienten eso y mucho más. Una pena que cargan en su espalda y la vergüenza que los persigue como una sombra. Sin embargo, no importa, solo quieren la lata... solo quieren una lata de mierda. El viejito en su aparente inocencia, con una pinta de cerveza en la mano, está sentado solo en la mesa cuando comienza a llegar “ella”. No sé su nombre, su edad o su precio.

Solo logro detectar las miradas de los demás clientes, la observan de arriba abajo, desde su cabello rojizo hasta sus botas en tono ciruela. Ella me mira y me sonríe, como si fuéramos amigas, como si tuviésemos un vínculo que trasciende más allá de la ciudad que compartimos por razones que aún no entiendo.

El viejo y la joven se saludan, se cuentan sus cosas mientras ella me pide siempre lo mismo: gin tonic. Veo en su cartera de color negro con detalles brillantes como pequeñas estrellas, un fajo de billetes y pienso que son las ganancias de la noche anterior. Veo su cara y procuro que no haya moretones; siempre me dice bella y me agradece. Ella para mí es un misterio, nunca me atreví a preguntarle cómo y cuando llegó a donde está, a veces pienso en que ojalá la traten bien, en que cuide su cuerpo y su mente. ¿Habrá sido la ciudad la culpable?

En la mesa de al lado se sienta el dúo de naranjitas: carismáticos, charlatanes y pícaros. Esos pibes que cuidan los autos de la gente “de bien”. Son dos chicos que deben tener veinti tantos años, conocen Córdoba como conocen su ombligo: cada rincón, cada plaza, cada calle donde saben que van a recaudar más dinero. Juntan lo que pueden y a las 3 de la mañana, se retiran de la calle y aunque se encuentren en la otra punta de la ciudad, siempre vuelven al bar.

Me sonríen y me dicen algún piropo, les agradezco y les llevo a su mesa la cerveza más barata como me piden siempre. Son los individuos más golpeados por la ciudad: caminando en sus noches heladas de pasajes oscuros o sus días tan calurosos como el mismísimo infierno. La lluvia a veces golpea sus caras al volver a sus casitas, pienso en que ojalá alguien los espere con una cena caliente y una cama cómoda para descansar sus jóvenes cuerpos, igualmente rotos por el tiempo.

Algo en mi interior oscuro me hace creer que seguramente desde los siete u ocho años de edad acompañaban a sus padres a trabajar y

probablemente desde los doce ya andaban en la calle trabajando. En sus veinte años tienen acumulados los doscientos años de la ciudad.

Son los de abajo. Refugiados en los brazos de edificios modernos y canteros llenos de flores coloridas, encarcelados en bares sucios y pequeñas pensiones. Es como si llevaran la letra escarlata en la piel en carne viva y la herida siempre está abierta, las personas no los ven. Son los invisibles en una ciudad donde todos posan sus ojos únicamente en las vidrieras y en los bares elegantes. Puedo verlos porque también estoy cayendo.